

año anterior; en la bodega varias panzudas y repletas tinajas donde fermentaba el mosto, y en la cueva, otras dos de mediano tamaño, con el vino añejo; en el vasto corral gallinas y palomas que picoteaban y escarbaban en el suelo; en la cuadra un par de mulas para la labor y tres cabras que suministraban leche abundante y pura para el consumo de la casa, y todo aquello que iba viendo, limpio, ordenado y denotando, sino grandezas, por lo menos un bienestar apacible y deseable, y así se deslizaba la vida en aquel pueblecillo, bien distinta de la agitada que se vive en las ciudades, llena de privaciones muchas veces y con más ilusiones que realidades.

En los días y horas apropiados, salíamos a ver si se ponía a tiro alguna liebre, que era fácil la halláramos al acudir a la querencia de las viñas ya vendimiadas. Cuando regresábamos con alguna, preparaba María Juana la torta delgada y cocida entre las brasas, para hacer el clásico gazpacho con caldo de liebre; ¡qué bien me supo desde la primera vez que lo comí!

Por las noches amenizaba la velada la cotidiana visita del tío Juan (tío y padrino de María Juana), hombre chapado a la antigua, de pocas palabras en su conversación, pero despaciosas, sedantes, adormecedoras y con un tema obligado: los quehaceres agrícolas y el constante lamento de que no llovía desde hacía seis meses, que no era posible hacer la siembra, pues sembrar en seco era como tirar la semilla, y así un día y otro día con lo mismo; pero quiso Dios que una noche llegase el tío Juan más plentero y su primera palabra fué que le parecía que iba a llover pronto, pues el sol se había puesto con mucho cejo de nubes, había cambiado el viento y se notaba mucho movimiento de tiempo; y se cumplió: al día siguiente amaneció lloviendo, y con ligeros intervalos estuvo así todo el día, y al siguiente lo mismo, y al otro, y al otro, y continuó por seis o siete días; era el fenómeno de las tierras secas: sequías prolongadas y luego, de una vez, toda el agua que debiera haberse repartido con oportunidad y menos perjuicios.

Cierto es que el poder del hombre alcanza muy poco de tejas para arriba, pero su industria puede hacer tanto provecho con canales de riego, embalsamiento en pantanos, derivaciones de los ríos, norias y pozos artesianos, que todo ello sería muy suficiente para remediar muchas miserias, principalmente en las sedientas tierras de la planicie castellana.

La continuidad del temporal de lluvias trajo consigo gran monotonía en las distracciones que yo pudiera tener durante mi estancia en el pueblo, cuya terminación se acercaba, pues mis quehaceres habituales reclamaban mi presencia.

Con muy buen acuerdo Francisco propuso a su mujer organizar un baile, aprovechando la tarde del domingo en que estábamos, y plenteros acudieron varias jóvenes engalanadas con vistosos pañuelos de talle, airosas faldas de percal o estameña y gargantillas en sus torneados cuellos; no faltaron, como era natural, bastantes mozaletas, algunos de ellos novios o pretendientes de ellas.

En el amplio portalón empezó el baile de seguidillas del país, alternando con la jota—nada de *agarrados*—en tanto que nosotros, la gente formal, contemplábamos desde la inmediata cocina, al amor de la lumbre, aquel cuadro lleno de animación y de vida.

La fiesta iba llegando a su final y uno de los jóvenes pidió una jota coreada y bailada por una pareja que se luciese. En la guitarra sonó el rasgueo de los primeros compases; salió la pareja designada y empezó una jota vibrante, enloquecedora, mientras las voces armoniosas de aquel grupo de gente joven y alegre entonó varias coplas, de las cuales llamaron mi atención por el sentimiento y la naturalidad que expresan, las dos siguientes, que aunque serán conocidas, parecen pedazos arrancados del alma y no renunció a transcribirlas.

Como que sale de tí
pregúntale si me quiere,
si te contesta que no,
dile ¿qué motivos tiene?

Bien sé yo que no me quieres,
eso a mí poco me importa,
con quererte yo es bastante,
con saberlo tú me sobra.

Han pasado casi tres semanas; me hallo perfectamente de salud y esta noche emprenderé mi viaje de regreso, primero en el carrujito y luego en el tren.

Después de cenar, vino como de costumbre el tío Juan: se arrellanó en el escaño con el sombrero encasquetado y la cumplida capa cruzada sobre sus piernas; emprendió su conversación soporífera, y dieron las nueve y las diez, y teníamos precisión de descansar algún rato, pues había que madrugar, y el tío Juan *erre que erre*; por fin hizo cierto movimiento que Francisco interpretó como si fuera a levantarse, y con acento cariñoso le preguntó:

—¿Qué, se va usted, tío Juan?

—No, hijo, que es que me apañó, y se recostó más a gusto sobre los almohadones del escaño.

Se me acabaron las fuerzas; me despedí y fui a mi dormitorio a *apañarme* lo mejor posible en el lecho.

A las cuatro de la mañana emprendimos el viaje, acompañándome hasta la estación Francisco y el criado; me despedí de ellos con el mayor cariño y agradecimiento y dí por terminada mi expedición, convencido de los muchos encantos que tiene la vida pueblerina.

ANTONIO ESCRIBANO

